



el NIÑO desobediente



Existen los casos anormales de desobediencia. Existe una desobediencia necesaria, síntoma normal de una personalidad que se afirma. Existe una desobediencia forzada por la conducta de los adultos, padres y educadores del niño.

Antes de actuar, diagnosticar. Para diagnosticar, comprensión. Y para la comprensión, realismo. Nosotros somos siempre "un dato" en el problema de nuestros propios hijos.

"Mi hijo tiene tres años y no consigo dominarlo: ya he ensayado todos los medios..." ¡Cuánta inquietud y desconcierto encierra esta sencilla frase! El bebé, tan mono, tan gracioso, se ha convertido en una "persona" y se rebela contra el adulto. Se entabla entonces un combate entre el niño testarudo, que no quiere ceder, y el adulto, que exige obediencia. ¿Obediencia a qué? A unos principios elementales de educación, a unos principios de deber... Los ejemplos van a mostrarnos que si hay un problema tipo de niño desobediente, hay también, fatalmente, un problema de "padres del niño desobediente".

la desobediencia del bebé

Una de las primeras palabras que pronuncia el niño (antes ya de los dos años) ante el adulto, es no. El dice "no" al bizcocho que se le ofrece, pero lo toma. Está entusiasmado de traer cualquier objeto a mamá, pero le gusta también negarse a ello. Obedecer, desobedecer es para él el equivalente a "hacer o no hacer"; en los dos casos hay un deseo de afirmarse. Se siente contento de actuar "a favor" o "en contra" del adulto.

En lo que se refiere al aseo en un niño educado libremente, se comprobarán periodos en los que siente placer en ser limpio, y periodos en los que disfruta negándose a serlo. Esta alternativa evoluciona y tiene como resultado (si se deja al niño en libertad para negarse) la verdadera autonomía.

El niño se siente satisfecho imitando a los mayores, participando en las mismas actividades que las del adulto. Obedecer significa para él "hacerse mayor". El chico pasa, pues, necesariamente, por crisis de cólera y de negativismo: tiene necesidad de ello para desarrollarse. La madre debe dejar pasar la "tormenta" sin atribuirle importancia. En estos momentos, el niño debe sentirse rodeado de cariño y no rechazado.

Maria tiene 3 años. Desobedece sistemáticamente, diciendo: "Yo no lo haré, porque no quiero". Esta niña era sorprendentemente dócil a los 18 meses: no tocaba a nada, no se manchaba durante sus juegos... Esta docilidad, adquirida demasiado pronto, lo fue casi sin el concurso voluntario de la niña. A los tres años, descubre la necesidad de exigir, de actuar sin la intervención del adulto; pero cree no poder conseguirlo si no es oponiéndose a todo. Se rebela, discute y adopta de nuevo, en muchos aspectos, un comportamiento de

algunos casos observados

Antonio tiene 18 meses. Un día, bruscamente, se niega no sólo a tomar la leche, sino toda clase de alimento a las horas de comer. La madre, comprensiva, no insiste. Le deja actuar a su gusto y le da, fuera del horario de las comidas, las cosas que él le reclama. Se muestra cariñosa con él y nada inquieta. Durante tres días, el niño toma solamente fruta y bebe agua o jugo de frutas. Al cuarto día, reclama la comida del mediodía y, poco a poco, vuelve progresivamente a un ritmo normal desde el punto de vista alimenticio. Una mañana, incluso, hace un alegre retorno al biberón. Esta crisis marca un cambio en el género de nutrición adoptado por el niño: no más papillas, sino legumbres, compotas, etc.

Desde el punto de vista del carácter, el niño se muestra gruñón y se opone a todo durante este período, pero duerme mucho. Al cabo de dos semanas, la crisis ha pasado definitivamente y se registra una evolución en el comportamiento del chico: canta con una voz modulada, su vocabulario se enriquece y adquiere mayor estabilidad en sus actividades manuales.

Esta experiencia, vivida en un ambiente de comprensión, ha permitido al niño aprender a querer, a aceptar cuando solamente conocía la negativa; ha salido de la crisis más "maduro", psicológicamente.

bebé gruñón. Por la noche tiene pesadillas en las que sus padres la abandonan.

Esta niña presenta una inseguridad en la vida. Toda su actividad hasta los tres años era un reflejo del adulto. Su crisis significa un intento de adquirir una voluntad y un ritmo propios. El especialista ha debido ayudarla, darle "permiso" para hacerse mayor, para que ella no se sienta obligada a romper todo y a oponerse a todos...



Luis tiene 10 años. Desobedece sistemáticamente. No hace sus deberes, aunque jura siempre haberlos hecho. No hace los recados, afirmando que no hay nada en el comercio al que ha sido enviado, etc.

Este muchacho, al hacer de la desobediencia casi una regla de conducta, actúa como un niño acosado que no sabe si tiene deseos de complacer o no. Sus padres podrán ayudarlo limitando las exigencias que tenían respecto al chico. Este, puesto que no podía conducirse de una manera perfecta en todo, no sabe qué partido tomar. Es necesario que recobre su equilibrio para que su conducta vuelva a ser sensata.



dor", "No te manches al comer", etc., etc. El niño, fatigado, se vuelve grosero y se opone a todo; a menos que una falsa docilidad paralice toda iniciativa y toda actividad hasta que su oposición, disimulada, se manifiesta cualquier día.

No hay "recetas" de autoridad. La autoridad es un problema interior de los padres.

En efecto, el adulto no siente esta necesidad de estar continuamente "detrás del niño" si él se siente tranquilo, fuerte, con una actividad adaptada a sus condiciones. Es propio de padres ansiosos, en dificultad con ellos mismos, el exigir demasiado al niño. Si los padres componen una pareja dichosa habrá, generalmente, reacciones justas. Sabrán hacerse respetar y respetarán al niño. Sabrán "hacerse obedecer", porque el chico tendrá conciencia de unos padres enérgicos, auténticos. Los niños sienten intensamente lo que puede haber de artificial en la actitud de sus padres.

el problema de la autoridad

Es necesario, en efecto, que haya "autoridad en la casa", es decir, que haya un padre que se interese por los estudios del niño, por sus actividades extra-escolares; un padre que trace las normas de su existencia, pero también que esté contento de verlo con buena salud, activo, adaptado. Si el niño se conduce mal, que sepa que papá estará descontento.

A menudo, los padres comprenden la autoridad de una manera muy distinta. La madre, desde los primeros meses, se cree obligada a corregir al niño, le grita por todo: "No te arrastres por el suelo". "No metas nada en la boca", etc... Y el niño, "tiránizado" ya desde chiquitín, se encoleriza; está "contra" esta madre que le impide vivir. Más tarde, es a la hora del almuerzo cuando el padre o la madre dirá mil veces: "Coge mejor el tene-

lo que es obedecer

La obediencia en un niño adaptado socialmente (es decir, activo, juguetón, buen alumno) revela un cierto estado de equilibrio: vive de acuerdo con sus padres, con el reglamento del colegio, etc... Para que haya "obediencia", en el verdadero sentido de la palabra, es necesario que, por parte del sujeto, haya voluntad de hacer lo que se le exige. Obedecer es, entonces, sentir como una necesidad de trabajar con el adulto, de "hacerse mayor".

En un niño pasivo al que se le ha forzado demasiado pronto a obedecer constantemente a los mayores, ocurre que, en un momento dado, él "explota". Todo sucede como si lo que hacía antes no fuese él, sino el adulto quien lo hacía. Se siente bruscamente en pe-



ligro de no ser "él". La inseguridad interior llega a ser más fuerte que los reproches del adulto: algo le impulsa a decir "no" a todo precio.

"Es más fuerte que yo —decía un niño— tengo que desobedecer". Este estado de cosas puede traer como resultado una conducta completamente inadaptada. El muchacho, al oponerse a todo el mundo, es rechazado por todos. Sólo el especialista puede, en estos casos extremos, aportar una ayuda eficaz.

Obedecer implica, a cierta edad, una conciencia de trabajo realizado. Pero este gusto

incidentes que causan la desobediencia

El niño, como hemos podido ver, reacciona en su conducta de acuerdo con el medio ambiente en que vive. Tomaremos al azar ciertos "tipos" de padres y examinaremos la reacción del niño.



por la disciplina, por el deber bien hecho, forma parte de la educación del niño. Lo que importaba en aquel momento era permitir al chico que viviese, que fuese activo (posibilidades de juegos, de contactos sociales, de participar en el trabajo de la madre; posibilidad de hacer experiencias. Y eso ya antes de los dos años).

Si el niño está educado demasiado para él mismo, "en vitrina", con el temor del contacto con otros chicos, se volverá un ser inútil sin interés por la vida.

En el ambiente familiar encontramos una carencia total de autoridad paterna. El padre no se ocupa de nada, no se interesa más que de sus asuntos, y, de vez en cuando, grita para que no se le venga a molestar. El niño reacciona a este vacío humano con una actitud de desconcierto, de desorden.

1

Madre nerviosa, angustiada, meticulosa

En una atmósfera demasiado mecánica, en la cual se siente un objeto, el niño reacciona (sobre todo si es muy pequeño) mostrándose "difícil", desobediente. Como si quisiese, de ese modo, atraer la atención sobre él, diciendo: "Yo estoy aquí, prestadme atención".

Una participación más profunda del niño en el trabajo de la madre conducirá a un cambio en su conducta. Lo que él deseaba no era ser malo, sino no sentirse excluido a causa de la inquietud de los adultos.

Ausencia prolongada de la madre

Si la madre trabaja, a su regreso, el pequeño reacciona ante su ausencia mostrándose "difícil". Eso le ocurre por no haber visto a mamá. Cuando ella aparece, el chico se siente, a la vez, contento y enojado. Se diría que tiene tantas cosas que expresar "con retraso", que explota, se rebela y reclama todo. Si la madre se muestra cariñosa y comprensiva el niño recobrará su ritmo y se volverá docil. Esta es, sobre todo, la característica de los muy pequeños. Se les puede ayudar tratándoles con gran comprensión y cariño, no regañándoles.

Desavenencias entre los padres

El niño reproduce, en su conducta social, la armonía o desarmonía entre sus padres. Está muy influido por la actitud del padre respecto a la madre. Si éste le regaña, reclama todo el tiempo, no se muestra jamás contento, el chico le imitará y adoptará una actitud de oposición.

Pienso en ese niño de 5 años, siempre grosero con su madre, inadaptado en el colegio, travieso y despacible en casa. El no hacía más que reproducir la conducta de su padre hacia la esposa. El pequeño se sentía visiblemente desgraciado, siempre en estado de tensión, inquieto. Simplemente una temporada en el campo, en casa de un matrimonio bien avenido, ha sido suficiente para transformarlo. Cada vuelta a su casa provocaba una recaída. Ha sido necesario dejarle en el campo hasta los 10 años, edad en la que ya podía soportar la vida de internado en un colegio.

El niño desobediente reacciona al ambiente en que vive. Expresa, mediante una actitud insociable, su inquietud interior y, con frecuencia, refleja la actitud de uno u otro de los padres.

desobediencia normal

No es posible educar a un niño sin crisis, arrebatos de cólera, caprichos: en cada etapa de su evolución pasa por momentos difíciles, de oposición a todo. Es necesario, en estos

casos, hacerle volver al orden sin "dramatizar". Es preciso, sobre todo, no mostrarse uno mismo víctima de las variaciones de conducta del niño. Lo ideal sería educarlo de tal manera que no hubiese necesidad de decirle: "Si no haces tus deberes disgustarás a mamá", sino procurar que el chico sea más bien sensible a la observación: "Si tienes malas notas este mes, tanto peor para ti; ya te las arreglarás con tu profesor..."

Esta actitud debe tomarse desde la entrada del niño en el colegio. Es necesario que tenga el sentimiento de trabajar "por él" o "en contra de él", y no de sus padres. La mayor parte de las dificultades escolares se resolverían ellas mismas si los padres no hiciesen un asunto personal de las sanciones del colegio.

algunos consejos

¿Cuáles son las cosas que podemos exigir al niño?

En primer lugar, eduquémosle, desde la primera infancia, con un margen de libertad suficiente para que él se sienta feliz de actuar y trabajar por su cuenta.

Cuando se encuentra en compañía de los adultos pidámosle que no moleste; pero démosle la posibilidad de volver a su habitación si él lo prefiere.

Sepamos, además, respetar los deseos del niño y no le impongamos un horario estricto en cuanto a las actividades que no le afecten directamente.

Enseñemos a los hermanos y hermanas a que se las arreglen entre ellos, y no interengamos en sus disputas.

conclusiones

Ante un niño desobediente preguntémosnos, en primer lugar, si no exigimos demasiado de él. Veamos también si nosotros, padres, tenemos una actividad social adaptada, feliz. Si no conseguimos ayudar a nuestro hijo recurramos al especialista. La desobediencia continua, sistemática, constituye, en efecto, un "toque de alarma" que oculta dificultades más profundas. Digamos que el niño desobediente no es un niño dichoso, y, por tanto, debe ser ayudado y comprendido.

MAUD MANNONI.—Asistente de psicoterapia del Centro Psicopedagógico de la Academia de París "L'École des Parents".—4, Rue Brunel.—Paris